

Poema y cuento

Antonio J. Quesada

De vita beata

¡Qué tranquilamente
viven
los muertos!
Allá en sus tumbas,
columbarios
o
donde apaciblemente residan.
Sin necesidad de justificarse constantemente
ni
de hacer frente a los reproches
(reproches y reproches y reproches y reproches y más reproches y más
reproches...).

Definitivamente
admiro
la tranquilidad
con que viven
los muertos.

EL EXAMEN

- Por favor, silencio. A partir de este momento comienza el examen y no se puede hablar. No se permite sobre la mesa más que el D.N.I., un bolígrafo, papel y el programa de la asignatura. Voy a empezar a dictar las preguntas: serán cinco, de las que deben responder cuatro. A ver, primera pregunta...

(¡Qué nervios! Al final no me dio tiempo a estudiar todo, y así me encuentro hoy, que no sé ni por qué estoy aquí sentado. Cada pregunta que dicta es como una puñalada en mi sentido común).

- ... Y ésta es la quinta y última pregunta. A partir de este momento tienen hora y media para responder.

(¿Responder qué? Qué mal, no tengo ni idea, y empiezo a sudar... No sé qué hacer con las manos, por la frente resbalan dos gotas gruesas de sudor... Me está temblando la mano derecha... Me estoy poniendo muy nervioso...).

- ¿Le sucede algo, Gálvez? –me pregunta el profesor. Todos vuelven sus miradas hacia mí. ¡Qué horror!

- No, estoy bien –contesto, pero es evidente que no es así.

- ¿Quiere salir a echarse agua? Le acompaño.

(Empiezo a sufrir convulsiones, y el profesor me inmoviliza, con la ayuda de los dos compañeros más cercanos que tenía, para tenderme en el

suelo. Me siento fatal, estoy dando un espectáculo delante de toda la clase).

De tanto moverme me he dado un golpe con la mesilla de noche y me he despertado. En fin... Espero que esta tarde el examen no vaya así de mal.